

Reseñas

SEGUNDAS JORNADAS HISPANO-MARROQUÍES. RESUMEN,
CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

Las *Primeras Jornadas Hispano-Marroquíes*, celebradas en mayo de 1996, tuvieron un carácter interdisciplinar. Transcurrieron durante sesiones de mañana y tarde, fueron fructíferas (las comunicaciones están siendo editadas por el ICMA-Agencia Española de Cooperación Internacional) y dejaron entreabierta una puerta de acceso a futuras iniciativas.

Las *Segundas Jornadas* se han celebrado hace escasamente unos meses. Han transcurrido aquéllas a lo largo de tres sesiones, han agrupado un total de diez ponentes y, a lo que parece, la Revista HESPÉRIS-TAMUDA (Universidad Mohamed V de Rabat) asume la publicación de las Actas resultantes.

Un resumen breve de estas *Segundas Jornadas* podría hacerse diciendo que han consolidado la iniciativa de mayo de 1996, que han abierto el espectro de participación marroquí (cuatro ponentes y tres colaboradores) y española (seis ponentes y dos colaboradores), y —finalmente— que han generado una «tormenta de ideas» sobre cuestiones tales como las que se enuncian a continuación:

1. Como de costumbre, estado de los archivos más solicitados por los historiadores de las Relaciones entre España y Marruecos (Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares/Archivo de la Fundación AbdelJalek Torres en Tetuán). Necesidad de que sus custodios operen con mayor liberalidad, previa desclasificación. Los Archiveros M. Ibn Azzuz Hakim (Tetuán) e Ignacio Ruiz Alcaín (Archivo, Presidencia del Gobierno en Madrid) entendieron la bondad de la petición que en este sentido hubo en la sala.
2. Posibilidad de disponer de traducción simultánea cuando estas JORNADAS adquieran mayor volumen de participantes (lo que podría ocurrir en su próxima edición, probablemente en Rabat). Este extremo lleva a que, coincidiendo con el incremento de interés universitario por los temas del Mediterráneo que se observa en Facultades de la UNED como las de Ciencias Políticas, Económicas y Geografía e Historia, se apunte aquí a la deseabilidad de considerar en los Decanatos de esas tres Facultades, la creación de un Instituto interfacultativo dedicado a ESTUDIOS MEDITERRÁNEOS. También se echa en falta una especialidad de Árabe en la Facultad de Filología de la UNED.

3. Necesidad de constituir cuanto antes, un Grupo de Trabajo en torno al binomio EDUCACIÓN E HISTORIA, aprobado por el COMITÉ AVERROES en su sesión plenaria de marzo de 1997 (Sevilla). La revisión de los libros de texto, enciclopedias u otras obras de referencia impresas, así como las producciones audio-visuales. En vigor todos ellos en ambos sistemas de enseñanza, quedó fijado como objetivo prioritario de la presunta formación de historiadores, docentes y expertos en educación y enseñanza de la Historia, procedentes de los dos países ribereños que han suscrito la «Declaración Conjunta Hispano-Marroquí» el 6 de febrero de 1996 en Rabat.

4. Los abajo firmantes quieren expresar su más decidida voluntad de impulsar la celebración de ulteriores ediciones de estas JORNADAS, ya sea en Madrid (UNED-ICMA), ya sea en Marruecos (Universidad Mohamed V/Rabat o Universidad/Tetuán). La presentación de las Actas de las Primeras y Segundas JORNADAS constituiría una ocasión pertinente para celebrar la próxima edición de esta experiencia compartida entre profesionales universitarios de los dos países vecinos.

Con esta indicación de futuro se cierran las apretadas conclusiones y algunas orientaciones indicativas para el ulterior desarrollo de la iniciativa emprendida por el tandem UNED/ICMA, al que podrían sumarse las instituciones universitarias de Marruecos que la consideraran incitante y, además, necesaria para aproximar a las opiniones públicas de los dos países a través del conocimiento.

V. MORALES LEZCANO. M. IBN ZZUZ HAKIM. IBRAHIM BOUTALEB.

N B.: Este documento de conjunto no entra, deliberadamente, en los ejes principales que se perfilaron en las sesiones de las JORNADAS y en torno a los cuales giraron los debates y las ponencias mismas. Quede para la publicación de los textos, el reflejo concreto de lo expuesto y discutido en las JORNADAS.

MARCEL CARLÉS y BLANCA MAZA, *Memoria, historia e identidad comunista en España. Bibliografía regional reciente.*

Dada la prolongada situación de marginalidad y abandono en la que permanece estancada la investigación académica sobre la historia del comunismo español¹ (asunto cuyo conocimiento científico solo ha alcanzado avances significativos en relación al período republicano y la fase guerrillera de los años cuarenta gracias a las valiosas monografías que vieron la luz en la pasada década), merecen especial atención y comentario dos publicaciones de reciente aparición. Se trata de las obras tituladas *Los comunistas en Asturias, 1920-1982*, y *Estimat PSUC*², únicos frutos de entidad hasta la fecha de la inmejorable ocasión propiciada, y a lo que parece (a tenor de la parquedad de la cosecha bibliográfica) en gran parte perdida, por la doble conmemoración durante los años 1995 y 1996 de los aniversarios fundacionales del Partido Comunista de España (75 años) y de su homólogo catalán, el PSUC (60)³. La aproximación crítica a ambos títulos, dispares en cuanto a método y propósitos pero ligados por la común acotación territorial de su objeto de estudio y la voluntad de rigor que reflejan, puede permitirnos deducir algunas consideraciones generales sobre el tema, y quizá (al resaltar el incuestionable valor metodológico de la historia regional y local en este ámbito) apuntar finalmente hacia una perspectiva más optimista, en la línea sugerida por el rótulo que encabeza estas páginas.

¹ Para una primera aproximación a la persistente insuficiencia de estudios que permitan iluminar capítulos esenciales de la historia de los comunistas españoles (a saber: dinámicas ideológica y orgánica, políticas sectoriales, biografías de líderes, culturas políticas, matices regionales y locales, etc), véanse los balances ofrecidos a lo largo de los últimos 15 años por Manuel TUNÓN DE LARA, «Historia del Movimiento Obrero en España: Un estado de la cuestión», en M. TUNÓN y otros, *Historiografía española contemporánea. X coloquio del Centro de Investigaciones Hispanas de la Universidad de PAU*, Madrid, Siglo XXI, 1980, pág. 241; Abdón MATEOS, «La contemporaneidad de las Izquierdas españolas y las fuentes de la memoria», en Alicia Alted (coord.), *Entre el pasado y el presente: Historia y memoria*, Madrid, UNED, 1996, págs. 98-100; y David GINARD, «Aproximación a la bibliografía general sobre la historia del movimiento comunista en el Estado español (1920-1995)», en Francisco ERICE (coord.), *Los comunistas en Asturias, 1920-1982*, Gijón, Trea, 1996, págs. 27-37.

² Francisco ERICE (Coord.), Valentín BRUGOS, Carmen GARCIA, Ramón GARCIA PINERO, David GINARD, Luis Alfredo LOBATO, David RUIZ, Gabriel SANTULLANO, Jorge URIA, Rubén VEGA, *Los Comunistas en Asturias, 1920-1982*, Gijón, Trea, 1996, 631 págs.; y Carme CEBRIÁN, *Estimat PSUC*, Barcelona, Empúries, 1997, 452 pp.

³ Acerca de la discutida «rentabilidad» historiográfica de las efemérides pueden consultarse los ejemplos aportados por A. REIG TAPIA, *Franco «Caudillo»: mito y realidad*, Madrid, Tecnos, 1995, págs. 11-19, y 22-24; Alfonso SASTRE, «El reparto del pasado», *El Mundo*, 19.III.1996, págs. 4-5; M. Vovelle, «Sobre la historiografía de la Revolución francesa», en VV.AA, *Alcance y legado de la Revolución Francesa*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1989, págs. 9-14.

1. OLVIDO, MEMORIA, POLÍTICA: UNA REFLEXIÓN PRELIMINAR

Pero la propia excepcionalidad atribuida de entrada al hecho de la publicación de dichas obras, en medio de semejante «páramo o secano historiográfico», hace necesario intentar aquí, como obligado prólogo a su reseña, al menos un esbozo de análisis sobre las razones que podrían contribuir a explicar tanto el pertinaz desinterés mostrado por la investigación al respecto, como la lógica traducción material del mismo, esto es: el escuálido repertorio bibliográfico disponible, siempre y cuando, naturalmente, nos atengamos a los estudios realizados desde las exigencias científicas de una historia renovada de los partidos políticos y sostengamos la nutrida maraña de títulos que carecen de tal pretensión. A saber: las «historias oficiales», comunistas o franquistas, (de tono hagiográfico o de-nigratorio), las crónicas periodísticas (alguna de las cuales, como por ejemplo la escrita sobre el PCE bajo el franquismo por el ex-militante Gregorio Morán, a pesar de sus defectos, mantiene el rango de obra de referencia imprescindible), la abundante literatura polémica producida por disidentes, y, últimamente, la llamativa eclosión memorialística (integrada por testimonios políticos y vitales de signo más o menos justificativo) surgida desde comienzos de los años noventa⁴.

Y tal constatación, debemos reiterarlo, sigue siendo sustancialmente correcta para el momento actual, a pesar del profundo cambio experimentado por el contexto ideológico y político internacional desde 1989, lo cual teóricamente debería haber favorecido una reconsideración de la labor investigadora en este campo en términos exclusivamente histórico-científicos y, por tanto, desligada de la posible distorsión que en el pasado introducían los prejuicios ideológicos⁵. Pues bien, lejos de ello, en los últimos

⁴ Santiago ÁLVAREZ, *Memorias*, La Coruña, Edicións do Castro, 1985-96 (7 vols.); Marcelino CAMACHO, *Confieso que he luchado*, Madrid, Temas de hoy, 1990; Santiago CARRILLO, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993; Gregorio LOPEZ RAIMUNDO, *Primera clandestinidad*, Barcelona, Antártida/Empúries, 1993-95 (2 vols); Manuel AZCARATE, *Derrotas y esperanzas. La República, la Guerra Civil y la Resistencia*, Barcelona, Tusquets, 1994; Ramón MENDEZONA, *La Pirenaica y otros episodios*, Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1995; Irene FALCÓN, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996. A las que hay que añadir, finalmente, las recién editadas de Simón SÁNCHEZ MONTERO, *Camino de libertad*, Madrid, Temas de hoy, 1997.

⁵ Sobre la consideración del comunismo como un ciclo histórico cerrado y, en consecuencia, propicio a un estudio estrictamente académico véase el prefacio de la obra de Francois Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX.*, Madrid, FCE, 1995, pág. 12. Por otra parte, acerca de la influencia de la confrontación ideológica derivada de la dinámica de bloques en las realizaciones intelectuales e historiográficas hasta 1989 ha escrito Horacio VÁZQUEZ-RIAL, *La Guerra Civil española: una historia diferente*, Barcelona, Plaza y Janes, 1996, págs. 17-24.

años la tendencia se ha visto potenciada, quizás en sintonía con la reacción general del pensamiento político y la historiografía occidentales ante el derrumbe de los régimes del «socialismo real», una reacción definida por la breve reactualización del tono y las acusaciones de la literatura de guerra fría, seguida de la instalación de un espeso y displicente silencio⁶.

Por otra parte, las carencias apuntadas resultan particularmente llamativas por afectar a la historia de fuerzas políticas como el PCE y PSUC, cuya relevancia durante la guerra civil o la resistencia clandestina al franquismo parece indudable, y resaltan sobre todo en la comparación con la relativa abundancia de la bibliografía generada sobre otros sectores y formaciones políticas de la izquierda española (el PSOE, en particular), o con el tratamiento usualmente concedido en los países de nuestro entorno al estudio académico (desde la perspectiva histórica o politológica) de sus propios partidos comunistas⁷. Naturalmente, este último paralelismo puede parecer forzado y ser objeto de razonable discusión por cuanto el modesto y clandestino partido español durante el régimen anterior apenas tiene nada en común con la fortaleza y presencia política coetánea de las grandes organizaciones legales homónimas (PCF o PCI), pero salvando las distancias, y a partir de la definición de la oposición política como elemento configurador del tiempo histórico de la Dictadura de Franco⁸, creamos obvia la siguiente conclusión: no será posible llegar a completar el cuadro de la historia política de la contemporaneidad española prescindiendo del estudio del partido más activo y emblemático dentro del espectro de fuerzas antifranquistas.

Pues bien, en la indagación sobre las causas del insólito «vacío» historiográfico (en términos relativos) constatado, se imbrican de manera compleja, como suele suceder en general con las cuestiones de cierta carga polémica que constituyen el campo de actuación privilegiado para el historiador del tiempo presente, los factores de orden interno, (aquellos que tienen que ver con el estado de nuestra disciplina y, en su virtud, con las diversas «modas» u opciones de investigación en auge en cada momento), y los condicionamientos externos, vinculados a la marcha de las circunstancias o entorno sociopolítico del país. Por supuesto, una consideración semejante vale en sentido estricto para las últimas dos décadas, en

⁶ Carme CEBRIAN, ob. cit., págs. 11-12.

⁷ Véanse los nutridos apéndices bibliográficos que acompañan al texto de S. COURTOIS y M. LAZAR, *Histoire du Parti communiste français*, París, PUF, 1995, y la valoración del profesor Abdón Mateos sobre los «niveles realmente inflacionistas» alcanzados por las publicaciones relativas a la historia del socialismo español, A. MATEOS, «La contemporaneidad...», art. cit., pág. 100.

⁸ Javier TUSELL, *La dictadura de Franco*, Madrid, Alianza, 1988, págs. 229-234.

las que la libertad intelectual ha estado plenamente garantizada por un régimen constitucional, lo cual no implica necesariamente que hayan existido idénticas facilidades institucionales para investigar todas las parcelas de nuestra historia reciente.

Durante el franquismo las cosas estaban bien claras: es sabido que durante cerca de cuarenta años hubo un intento sistemático de borrar o neutralizar la memoria histórica de los españoles (de ahí la expresión «memoria secuestrada» acuñada por algunos pensadores), subrayando una determinada imagen de la guerra civil, la de los vencedores, para justificar por medio del recurso continuado a la manipulación y a la propaganda la imperiosa necesidad del Nuevo Régimen, y tratar de cegar, por ende, toda expectativa de cambio político. Como consecuencia de ello, en el terreno historiográfico, frente al maniqueísmo, dogmatismo, y pobreza argumental característicos de la hegemónica «historia oficial» franquista, surgió una historia militante, reconocible igualmente en su evidente parcialidad y sentido acrítico⁹. Ello era hasta cierto punto lógico, dado el carácter autoritario del sistema y, asimismo, la función contrapropagandística de la voz de la oposición, pero tras la muerte del general Franco y en la Transición política, incomprensiblemente, no se acometió con la necesaria decisión la tarea de recuperar esa memoria perdida.

Y es a partir de este momento, con la instauración del régimen de libertades vigente, cuando puede resultar operativa la distinción indicada (entre los campos del saber histórico y la política del presente) como base para llegar a establecer un esquema explicativo de las actuales insuficiencias. Así pues, desde un punto de vista estrictamente historiográfico cabría enunciar, en la apretada síntesis que impone la dimensión de estas páginas, algunos de los condicionamientos que han afectado del modo menos favorable al desarrollo de una labor de investigación rigurosa y sistemática en este ámbito. Entre ellos: la dificultad real para enfrentar con objetividad y sosiego un tema que inevitablemente conlleva una fuerte carga pasional, resultado de la arraigada polarización ejercida en la memoria social¹⁰ de los españoles por dos poderosas y antagónicas imágenes: la satanización de los comunistas, frente al mito resistente; la complejidad conceptual y teórica del trabajo en torno a una problemática

⁹ Dentro de ella merece consideración aparte, por la importante tarea de recuperación histórica acometida y el evidente rigor demostrado en tan difíciles circunstancias, la producción editorial realizada desde París por Ruedo Ibérico.

¹⁰ Para una tipología básica de la memoria puede consultarse la excelente síntesis ofrecida por Josefina Cuesta en su *Historia del Presente*, Madrid, EUDEMA, 1993, págs. 42-44.

lastrada aún por la persistencia de simplificaciones y tópicos, como los que hablan de la absoluta centralización y uniformidad internas, del irracionalismo fideísta de la militancia, etc.¹¹, que en Occidente, y como secuela de los tiempos de la Guerra Fría, han orientado en gran parte el sesgo del análisis histórico sobre la evolución de los partidos comunistas. Aludir, por último, a los obstáculos de orden más concreto y práctico, como los problemas de accesibilidad y dispersión de las fuentes (asunto en realidad de menor cuantía desde la constitución y apertura de los abundantes fondos del Archivo Histórico del C.C. del PCE en 1980¹²), y, quizás también, a los recelos del investigador independiente ante la posibilidad de verse etiquetado ideológicamente, por la opinión no profesional y menos informada, en función del movimiento político del que se ocupa¹³.

La segunda perspectiva de análisis mencionada remite, de forma obliqua, a la evolución de los acontecimientos políticos en España desde la extinción de la Dictadura hasta nuestros días, y en particular al papel que las organizaciones comunistas han jugado en el mismo período¹⁴. Porque, en efecto, un problema añadido al de por si arduo quehacer histórico en torno a la evolución de formaciones políticas todavía activas radica precisamente en el peso que en ellas conserva la dialéctica historia-presente, en el doble sentido marcado, de una parte, por la natural tentación de encontrar legitimación y rentabilizar electoralmente la propia trayectoria¹⁵, y de otra, por el abanico de interrogantes abierto al trabajo del historiador por las circunstancias del tiempo en el que vive. Ambos aspectos, indudablemente relacionados, pueden ser resumidos para nuestro objeto mediante la referencia a dos cuestiones que consideramos altamente significativas:

¹¹ Francisco ERICE, en VV.AA., *Los comunistas en Asturias*, ob. cit., págs. 17-19.

¹² Véase V. RAMOS, *Catálogo de los fondos del Archivo Histórico del Partido Comunista de España*, Madrid, FIM, 1997.

¹³ David GINARD, art. cit., en VV.AA., *Los comunistas en Asturias...*, ob. cit., págs. 27-29.

¹⁴ En la redacción de este apartado somos deudores de muchas de las sugerencias incluidas en los siguientes títulos: Paloma AGUILAR FERNANDEZ, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1996; Antonio ELORZA, «El regreso de la Memoria», *El País*, 4-1-1977; Francisco ERICE (coord), *Los comunistas en Asturias...*, ob. cit.; Abdón MATEOS, «La contemporaneidad», art. cit.; Paul PRESTON, *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*, Barcelona, Península, 1997 (especialmente el capítulo 3, «Venganza y reconciliación: la guerra civil española y la memoria histórica», págs. 85-105); Alberto REIG TAPIA, «Memoria viva y memoria olvidada de la Guerra Civil», *Sistema*, 136, enero 1997, págs. 27-41, y Horacio VAZQUEZ-RIAL, *La Guerra Civil española: una historia diferente*, Barcelona, Plaza y Janés, 1996.

¹⁵ En este sentido, para los socialistas véanse los reveladores ejemplos de la voluntad de configurar una identidad colectiva disociada de la Guerra Civil, en función de las necesidades políticas del presente (opiniones de la militancia sobre Juan Negrín y sobre el «mito refundacional» de Suresnes), proporcionados por Abdón MATEOS, «La contemporaneidad», art. cit., págs. 102-103.

las repercusiones (en el terreno de la memoria histórica) del procedimiento, de reforma y concertación, que posibilitó una transición pacífica a la democracia en España, y la ambivalencia de las actitudes mostradas en aquel tiempo por los comunistas a la hora de afrontar la reconstrucción de la historia de su partido.

Señalar, en cuanto a la primera, lo que a estas alturas es prácticamente un lugar común en los trabajos de polítólogos e historiadores: la apreciación según la cual el ejercicio del consenso, al soslayar las posiciones rupturistas en aras del dialogo y la reconciliación, constituyó una de las claves fundamentales del éxito del proceso de reforma y transición democráticas. Ahora bien, en contrapartida, el fenómeno del consenso (objeto de una reciente monografía que ha explicado su evidente tono de moderación como el resultado de un proceso de aprendizaje político ligado a la existencia de una memoria social marcada por el recuerdo traumático de la contienda civil¹⁶), y, asimismo, su resultado final, el establecimiento de una monarquía constitucional, régimen por tanto fruto de una mutua cesión, tanto de los partidarios del respeto a las previsiones sucesorias de Franco como de quienes deseaban la restauración de la República, tenían una condición previa y fundamental: el olvido del pasado, la eliminación por parte de todos los actores políticos de las referencias a aquellos episodios conflictivos que pudieran resucitar los viejos rencores, es decir, el silencio sobre las culpas de uno u otro bando. Así, según algunas interpretaciones, las élites del momento pudieron suscribir un

«tácito acuerdo político para olvidar la guerra civil y la represión franquista, a fin de evitar el riesgo desestabilizador para el nuevo régimen democrático que supondría todo lo que pudiera alentar la petición de responsabilidades y el ajuste de cuentas. () En el caso español, la amnistía política exigió a su vez una tácita amnesia histórica»¹⁷.

¹⁶ Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ, ob. cit., págs. 19-31, 209-230, 355-361.

¹⁷ Enrique MORADIELLOS, «Francisco Franco: un caudillo caído en el olvido», en *Claves de razón práctica*, 57, noviembre 1995, pág. 2. En la misma línea, Alberto Reig Tapia, «Memoria viva...», art. cit., págs. 35-40, pese a admitir la inexistencia de un pacto formal o explícito, ha llevado más lejos sus conclusiones para incidir en particular en los negativos efectos de dicha voluntad de amnesia colectiva en la prudente política cultural y en la actividad historiográfica desarrolladas desde entonces, incluyendo las correspondientes a la etapa de gobierno socialista. Para una interpretación diferente, que contrapone a la supuesta intención de silenciamiento del pasado la cuantificación de la ingente bibliografía generada sobre el periodo franquista, pueden consultarse, sobre todo, las aportaciones de dos especialistas en la historia del socialismo español: los profesores Abdón MATEOS y Santos JULIA. El primero, reconociendo la persistencia de cierta debilidad historiográfica en lo referente a la problemática de las izquierdas españolas bajo la dictadura y el predominio todavía de una literatura histórica de tipo periodístico, narrativo o de protagonistas, ha puesto de relieve el notable auge historiográfico experimentado por la investigación en torno al

Y obviamente, si hablamos de pacto, por muy tácito o informal que haya sido, nos referimos a un compromiso entre dos partes, en principio contrarias. No resulta extraño, pues, encontrar definiciones del mismo en términos de «pacto de silencio, o pacto de ocultaciones recíprocas». En consecuencia, desde tales análisis, la clave política de lo ocurrido residiría en la aceptación sin grandes traumas por la izquierda del interior (carente para entonces de una memoria real sobre el legado histórico del período republicano) de un modelo de Estado y unas nuevas reglas de juego, que, al objeto de conferir legitimidad al régimen en curso de edificación, implicaban la adopción de un compromiso de ignorancia y negación de la tradición democrática real, la interrumpida en 1939. De ahí la necesidad de acudir a la «invención de una tradición democrática» (según la conocida expresión del sociólogo Víctor Pérez Díaz), y en fin a una operación de ficción reescritura de la historia, a base de diálogo, reconciliación, mutua tolerancia, olvido y reinterpretación suavizada del pasado¹⁸.

De este modo es posible empezar a atisbar porqué hoy, a dos décadas del cambio de régimen, prevalece ampliamente en la memoria social de los españoles (bien que sólo en pequeña medida en la producción historiográfica) una borrosa visión del franquismo y la primera transición, o, de forma más precisa, una imagen caracterizada por rasgos como la trivialización (tanto de las estructuras del poder autoritario como de las luchas de la oposición), la máxima personalización del protagonismo en el combate por la libertad y la reforma política (en tres o cuatro preclaras figuras, como el Rey, Suárez, Fernández Miranda y Carrillo) en detrimento del papel de la sociedad y de los partidos de la resistencia interior en ella enraizados, o

movimiento socialista de posguerra (véanse A. Mateos, «La contemporaneidad, art. cit., págs. 100. Así como la Introducción o el balance bibliográfico que cierra su libro *Las izquierdas españolas desde la guerra civil hasta 1982. Organizaciones socialistas, culturas políticas y movimientos sociales*, Madrid, UNED, 1997). Por su parte, Juliá ha ironizado abiertamente sobre la cuestión, tachando de fantasmagórico el mencionado «*pacto de olvido*», negando su eventual preservación durante el período de socialista, y conceptualizando como mero argumento justificador de las carencias de la historiografía española, en un artículo de título bien expresivo: «Saturados de Memoria», *El País*, 5-VIII-1996, pág. 13.

¹⁸ A la profunda ambigüedad que encierra la noción de reconciliación, «clave de bóveda en apariencia de nuestra cultura de la transición», se ha referido Antonio ELORZA, «El regreso de la memoria, art. cit.. A propósito del palpable «vacío» oficial deparado a los veteranos de las Brigadas Internacionales en su visita a España a finales de 1996, ha destacado como esta idea del reencuentro fraternal de los españoles sigue caracterizada por la «asimetría» y la conciencia de «la victoria» en algunos, por más que la votación unánime del Congreso de los diputados, al conceder a aquellos la nacionalidad española, implique romper por primera vez con la visión de la supuesta «equidistancia de los dos bandos» en la contienda, y por ende, reconocer siquiera indirectamente la ligazón del actual régimen democrático con la Segunda República como su antecedente histórico.

el ejercicio imaginativo y apologético que supone metamorfosear en legión de adelantados demócratas a un buen numero de colaboradores y altos funcionarios del régimen anterior, etc.¹⁹.

Para cerrar este breve ensayo introductorio hay que hacer mención a un asunto no menos relevante, y que constituye en realidad una derivación de la exposición precedente sobre los motivos políticos de la «desmemoria» histórica (por cuanto permite desentrañar algunas de las razones de fondo por las que las burocracias de los partidos de oposición decidieron sumarse sin complejos a las nuevas reglas de juego fijadas tras el 20 de noviembre de 1975): se trata de la ambigua actitud evidenciada por el partido comunista en los años del tardofranquismo y la Transición respecto a la reconstrucción de su historia reciente. En efecto, a causa de las exigencias de imagen de lo que M. Vázquez Montalbán ha denominado en alguna ocasión «*la operación salida a la superficie*», se prefirió entonces correr un discreto, y selectivo, velo de silencio sobre el pasado de la organización, en particular sobre los episodios menos presentables de su actuación en la Guerra Civil, la etapa guerrillera, la vinculación exterior con los centros de dirección del movimiento comunista internacional, y su vida interna en general, difundiendo en cambio con profusión los prece- dentes históricos más positivos del nuevo rostro de moderación y pacifi- cación pretendido: la constancia en la lucha antifranquista y por las libe- ralidades, la pionera proclamación de la política de reconciliación nacional, sus contribuciones a la elaboración del eurocomunismo, etc.²⁰.

Tales reticencias, que lógicamente obstaculizaron en principio el acceso al estudio crítico y en profundidad de su evolución histórica, encontraban,

¹⁹ Carme CEBRIÁN, ob. cit., pág. 12, y el emocionado, a la vez que indignado, artículo de Alfonso SASTRE, «El reparto del pasado», *El Mundo*, 19.3.1996, págs. 4-5.

²⁰ A este respecto resultan de gran interés las consideraciones expuestas por Abdón Mateos acerca de la relación entre memoria/s colectiva/s y política de la memoria o conmemorativa en los partidos en su artículo «Historia del Tiempo Presente y Memoria Histórica», (en prensa, 1997), págs. 8-9. A juicio de este autor, en los momentos de crisis interna y refundación de una fuerza política, pueden surgir contradicciones entre la memoria oficial dominante, o, dicho de otro modo, los «injertos conmemorativos» que en función de las necesidades de la coyuntura política la dirección proponga, y la memoria colectiva hegemónica de uno o varios grupos generacionales de la base militante. Entre otros ejemplos invoca, para los comunistas, la crítica y el malestar mostrados en una obra del dirigente asturiano y exiliado en México Juan Ambou hacia el deliberado silenciamiento del protagonismo del PCE en la guerra civil y la lucha guerrillera antifranquista propiciados por el núcleo dirigente del partido desde comienzos de los años setenta en virtud de las necesidades de adecuación a la nueva estrategia eurocomunista. Posiblemente, no quiera extrapolarse tales reticencias a la mayoría de la militancia del interior de entonces, profundamente rejuvenecida en el tardofranquismo, pero quizás tampoco hayan sido por completo ajena al coetaneo desencadenamiento de las diversas escisiones prosoviéticas.

no obstante, un caldo de cultivo propicio en las diversas circunstancias del momento político. A saber: los hábitos de discreción arraigados en sus cuadros y militantes tras cuarenta años de actuación en condiciones de clandestinidad estricta, la necesidad de sacudirse ante la opinión pública la identificación con el comunismo soviético (pese al hecho de la ruptura, formalizada en 1968), la urgencia de contrarrestar las siniestras acusaciones lanzadas contra sus principales dirigentes, la competencia por la hegemonía en la izquierda con un PSOE que, a diferencia del PCE, disponía de una dirección rejuvenecida y un mensaje renovado y podía permitirse el lujo de utilizar una retórica maximalista, etc.

Afortunadamente, este tipo de actitudes han ido diluyéndose con el paso del tiempo (y en concreto a raíz de hechos como la apertura de su archivo en 1980, la «debacle» electoral de 1982, la retirada de sus dirigentes históricos de los puestos de máxima responsabilidad, etc.), de tal modo que en la actualidad el talante de apertura y disponibilidad hacia el investigador es prácticamente total, como a menudo se hace notar en los dos libros objeto de nuestro análisis, y como hemos tenido ocasión de comprobar (y agradecer) quienes con regularidad visitamos su sede para consultar documentos o recabar algún testimonio personal. Las dificultades ahora se limitan exclusivamente, por tanto, a los problemas de infraestructura y escasez de medios que aquejan a su archivo, todavía en fase de catalogación, aunque se ven en gran parte compensadas con la constante y amable disponibilidad de que hacen gala sus responsables²¹. Parecería lógico, en consecuencia, esperar a medio plazo un cambio de tendencia, y, en suma, el inicio de un camino dirigido a la deseable superación del retraso historiográfico apuntado.

2. LA DEMOSTRACIÓN DE LAS POSIBILIDADES OFRECIDAS POR EL ANÁLISIS REGIONAL PARA EL DESARROLLO DE UNA HISTORIA RENOVADA DE LOS PARTIDOS

Entrando en lo que constituye el núcleo central de estas páginas, o sea el comentario de dos apreciables ejemplos del rendimiento historiográfico que puede resultar de una coherente y fundamentada regionalización del estudio en torno a la evolución de las fuerzas comunistas del

²¹ Fruto de esta labor es la publicación de la primera entrega actualizada del Catálogo del archivo, citado en nota doce, en edición preparada por la competente y solicitada directora de la institución Victoria Ramos.

Estado español, hay que hacer notar para empezar la evidente relevancia de ambas obras (intituladas, repetimos, *Los comunistas en Asturias, 1920-1982* y *Estimat PSUC*) en función de sus propios y numerosos méritos, y precisar de este modo una valoración que quizás haya podido quedar desvirtuada a tenor de las consideraciones precedentes. Una segunda aclaración inicial, en este caso de procedimiento, se refiere al propósito que ha guiado la redacción de estas notas: no se pretende hacer aquí un improcedente análisis o juicio comparativo entre dos libros de dimensión, enfoque y método distintos, a pesar de la proximidad temática que guardan, sino más bien intentar una aproximación sumativa o complementaria en busca de sus respectivos hallazgos en orden a la renovación e impulso de la investigación en este ámbito.

Pues bien, al margen de pretextos conmemorativos, dichos títulos obedecen en realidad a los fundados motivos profesionales y bibliográficos expuestos con anterioridad, más acusados si cabe en el marco asturiano donde el evidente protagonismo de los comunistas en la Guerra Civil y la resistencia al franquismo no había encontrado el eco investigador merecido. Se da, pues, en este caso una intención explícita de compensar tales carencias, a menudo traducidas, al decir del coordinador del libro, en la existencia de «ponderaciones desproporcionadas acerca de otras fuerzas políticas y sociales», y posibilitar así un reequilibrio que contribuya a situar adecuadamente el papel jugado por los comunistas en la historia regional. Respecto al PSUC, indicar que, a pesar del alto nivel de la historiografía catalana, que cuenta con excelentes monografías relativas a algunas etapas y dirigentes de dicho partido (de las que la magna biografía política de Miquel Caminal sobre Joan Comorera es buena muestra), no disponíamos hasta ahora una obra de síntesis de rango académico²².

Por otra parte, los resultados obtenidos permiten despejar en la práctica las dudas y objeciones genéricas de eminentes historiadores acerca de los supuestos riesgos o limitaciones inherentes a este tipo de obras, reticencias por otra parte nada infundadas a tenor de la endeble y, a menudo, oportunista floración bibliográfica de ámbito autonómico que siguió a la

²² De la escasísima bibliografía territorial disponible sobre el tema solo tenemos constancia de otros tres libros, que, de un modo u otro, se inscriben en el dominio de la historia oficial y/o conmemorativa, por lo que (con independencia del valor que puedan tener sus respectivas aportaciones) no hemos considerado pertinente incluir su reseña en este artículo. Se trata de los siguientes títulos: Eduardo J. del Rosal Fernández, *Los comunistas malagueños. El PCE en Málaga, apuntes de su historia, 1921-1977*, Málaga, Publicaciones del PCE, 1996; VV.AA. *Los comunistas en la historia de Albacete, 1920-1977*, Albacete, Gráficas Antar, 1990; y VV.AA. *Nuestra Utopía: PSUC. Cincuenta años de historia de Catalunya*, Barcelona, Planeta, 1986.

instauración del nuevo modelo constitucional del Estado en 1978²³. En líneas generales la acotación al espacio regional no ha determinado en los libros citados un problema de descontextualización, ni tampoco un posible deslizamiento hacia la pura erudición localista despegada de los métodos y conceptualizaciones que presiden la pujanza de la nueva historia política desde los años ochenta. Antes al contrario, con los matices derivados del uso de un enfoque eminentemente antropológico y *oralista* por parte de la investigadora catalana Carme Cebrián, o el más estrictamente historiográfico del colectivo de autores asturianos, podemos afirmar que el marco conceptual empleado para enfrentar el estudio del recorrido del comunismo en ambas regiones del Estado destaca precisamente por su modernidad y cercanía a la renovación experimentada en los últimos años por la historia política, y dentro de ella la del tiempo presente. De ahí, nuestra valoración de las mismas como acertados modelos de trabajo y obras de referencia ineludible para futuras investigaciones de escala local o autonómica en el camino de la necesaria revitalización historiográfica que esta demandando el tema de la evolución de los comunistas españoles.

Encontramos, en efecto, en ellas numerosas muestras de aproximaciones novedosas que, más allá de los asuntos de los que tradicionalmente se había ocupado la historia política (la atención a las cuestiones biográficas, orgánicas, y político-ideológicas), por supuesto abordados también en extenso, revelan el conocimiento y la asunción en parte de los avances metodológicos registrados en los últimos años en este terreno, dentro y fuera de nuestras fronteras. En concreto, observamos con interés el recurso sistemático a tres innovadoras líneas de trabajo: la sociológica (estudio de la implantación, social, profesional, y local de la base militante, procedencia de cuadros y dirigentes, redes de sociabilidad y procesos de socialización política), la comparativa (vinculada al contraste con los avatares del comunismo nacional y, en menor medida, internacional), y, sobre todo, la centrada en la problemática de la memoria colectiva y la identidad cultural características del partido y de sus militantes. En este último aspecto se avanza en la indagación, dentro del marco regional elegido en cada caso, sobre los matices de la cultura política comunista, o por mejor decir, sobre las subculturas coexistentes en su seno en función de los distintos vínculos de orden territorial, profesional y generacional, mediante el análisis del mundo de las actitudes y valores presente en los textos, así como a través de las fuentes de la memoria, cuando se trata de supervivientes de la resistencia clandestina a la Dictadura. Por lo

²³ Javier TUSELL, «Historia, Política, Biografía», en *Claves de razón práctica*, nº 7, 1990.

atrayente de esta aportación volveremos monográficamente sobre ella más adelante.

Y ciertamente, la explotación de esquemas de análisis de esta naturaleza viene facilitada justamente por la concreción de la escala al espacio regional. Ello, como oportunamente señala Francisco Erice, coordinador del equipo redactor del libro *Los comunistas en Asturias, 1920-1982*, ofrece ventajas indudables. Tres en particular: un aprovechamiento intensivo de todas las fuentes disponibles (documentales, hemerográficas y orales), la atención preferente a la política externa del partido hacia su entorno más próximo (soslayando el asunto de las consabidas pugnas en el núcleo de dirección exiliado), y un análisis en detalle de la organización centrado en sus actuaciones, base militante, y estructuras territoriales, que contribuye a desmentir, con numerosos ejemplos, la tan rotunda como tópica aseveración sobre la absoluta uniformidad y centralización que supuestamente caracterizaría a la totalidad de los partidos comunistas. Además, el riesgo de descontextualización aludido se conjura en gran parte gracias a la oportuna inserción de referencias generales a la historia del PCE y el movimiento comunista internacional.

En cuanto a la autoría, indicar respecto al título citado en primer lugar que esta corresponde a un colectivo de diez investigadores asturianos de reconocida solvencia y notable recorrido bibliográfico, procedentes en su mayor parte del campo de la docencia en la universidad o en las enseñanzas medias, y que el reparto de las diversas materias que integran su contenido (realizado en función de un plan previo delineado según criterios claramente definidos en lo cronológico y sectorial al objeto de salvar la coherencia global del volumen) ha tenido en cuenta precisamente la previa especialización de cada uno de los autores en la búsqueda del mejor rendimiento de las respectivas aportaciones. Y desde luego, así lo reflejan tanto la calidad mayoritaria de las mismas, como el resultado de conjunto, muy alejado de la simple recopilación miscelánea²⁴.

Por su parte Carme Cebrián, especialista en antropología social, ha intentado en su tesis doctoral, resumida para la publicación bajo el título de *Estimat PSUC, reconstruir casi treinta años (1956-1984)* de historia del

²⁴ En concreto, Francisco ERICE (coord.), Carmen GARCIA, Jorge URIA, y David RUIZ, pertenecen al Departamento de Historia Contemporánea de La Universidad de Oviedo, y Luis Alfredo LOBATO es profesor en la UNAM de Managua. En el ámbito de la enseñanza en Institutos de Bachillerato ejercen: David GINARD, Ramón GARCIA PIÑEIRO, Gabriel SANTULLANO y Valentín BRUGOS. Finalmente, Rubén Vega es autor de varias publicaciones, y se ha especializado en la problemática del sindicalismo en Asturias.

partido de los comunistas catalanes a la manera de un historia de vida colectiva, incidiendo básicamente en los aspectos identitarios, sociales, y sentimentales de la militancia, y en la imagen externa proyectada hacia la sociedad catalana. Así pues, la autora ha trabajado no sólo en la historia objetiva o empíricamente «sucedida» sino en la subjetivamente percibida (otra forma de realidad, al decir de quienes se han ocupado de las implicaciones epistemológicas derivadas de la memoria viva y la fuente oral), o sea en el discurso o la conciencia formado acerca de aquellos hechos por quienes los vivieron y/o protagonizaron. En consecuencia, el núcleo de la apoyatura documental de su trabajo se corresponde con la amplia recopilación de testimonios orales de unas tres decenas de cuadros y dirigentes (sumada a la explotación de fuentes impresas), metodología innovadora e interesante pero que quizá pueda restar solidez, al menos desde el punto de vista del historiador, a alguna de sus interpretaciones.

Conviene, por último, hacer mención a un asunto de gran calado dada la carga de politización, emotividad, y provisionalidad o cercanía temporal, que, como hemos visto, contiene esta temática; nos referimos, naturalmente, a la cuestión del pertinente rigor y distanciamiento metodológico, que no necesariamente cronológico, al que el historiador se debe, y a su reflejo concreto en las obras comentadas. En este caso, y aun cuando encontramos un tono habitual de cierta empatía y admiración hacia la sacrificada entrega de la militancia, probablemente estimulado por el contacto directo con los testigos, e incluso (en el estudio asturiano) ejemplos del protagonismo personal de alguno de los autores en los acontecimientos narrados, podemos concluir que, en general, los requisitos de un tratamiento académico del tema se han cumplido sobradamente. Así, dejando a salvo la evidente pluralidad (en cuanto a opciones ideológicas, especialización profesional, o al peso del factor nacional catalán en quien se ha ocupado del PSUC, etc) y la autonomía interpretativa de cada autor/a, cabe observar la presencia de una serie de planteamientos comunes, como por ejemplo: el rechazo a toda forma de «historia oficial»; la apuesta por el rigor desde una perspectiva académica, crítica, y razonada; el empleo de una abundante documentación archivística (mas limitada, como queda dicho, en el trabajo de Carme Cebrián), hemerográfica y oral; y, finalmente, una atención temática preferente a proyección externa de la actuación política comunista, a sus bases militantes, y a los comunistas no organizados. Por supuesto, como argumenta Francisco Erice al presentar la obra consagrada al comunismo asturiano, la materialización concreta de tales cautelas no equivale a evitar deliberadamente las valoraciones o la búsqueda de sentido a los hechos, pero prácticamente siempre que aparecen revisten una forma rigurosa y documentalmente fundada, y en modo alguno pueden considerarse resultado de juicios preconcebidos.

3. APORTACIONES RELEVANTES. LOS AVANCES EN LA DEFINICIÓN DE LA IDENTIDAD CULTURAL Y LA PLURALIDAD TERRITORIAL CARACTERÍSTICAS DE LA TRAYECTORIA DE LOS COMUNISTAS ESPAÑOLES

A pesar de las claras concordancias que muestran ambas obras (a las que en breve retornaremos) es necesario por unos instantes individualizar, en lo que atañe a la descripción de contenidos, el comentario sobre las mismas. Así, desde nuestro punto de vista, cabría sistematizar el libro *Los comunistas en Asturias, 1920-1982* en dos grandes apartados: en el primero se aborda el estudio de las grandes líneas de la evolución del Partido Comunista de España en Asturias, y en el segundo, que constituye el grueso del volumen, la investigación queda parcelada en una serie de estudios monográficos de temática más específica.

Con respecto primer bloque, ordenado siguiendo un criterio cronológico (con la siguiente secuencia: los orígenes y la República, la guerra civil y su prolongación en las guerrillas, el período franquista hasta 1967 y, por último, el tardofranquismo y la Transición), indicar que el estudio de la evolución del PCE de Asturias se plantea como un amplísimo marco general en el que quedan anotados todos los aspectos, de orden político, orgánico y social, que posteriormente se tratan en detalle en los estudios monográficos. Por ejemplo, los autores insisten en resaltar cuestiones como el predominio de la dinámica acción/represión/reorganización, concretándose la historia del partido en Asturias (al igual que en el resto del país) en una continua sucesión de esfuerzos heroicos de reconstrucción abortados por una represión cuya eficacia queda insistentemente resaltada. También la evolución de la militancia es un punto de interés común; caracterizada social e ideológicamente en sus orígenes, se nos presenta con un carácter cada vez más complejo. En ella los mineros constituyen la espina dorsal hasta el final del período, y junto a ellos conviven núcleos más reducidos de metalúrgicos en el ámbito obrero, y se incorporan finalmente, en torno a los años sesenta, nuevos frentes de lucha (estudiantil, vecinal, enseñantes, sociedades culturales, etc) con una muy distinta composición.

El segundo bloque temático está constituido por una serie de estudios monográficos, de gran diversidad cronológica, aunque constatándose una clara basculación temporal hacia el tardofranquismo y la Transición, y temática, seleccionada en base a los ámbitos de investigación previa de los distintos autores. Con todo, a título meramente enunciativo, podemos agruparlos en tres conjuntos en función de su afinidad conceptual: dos estudios locales sobre Gijón-Avilés y Oviedo, cuatro sobre las distintas formas de

militancia (minera, campesina, estudiantil e intelectual), y por último, varias aproximaciones temáticas de carácter sectorial (prensa, cultura, grupos de izquierda revolucionaria). A caballo entre los dos anteriores (al caracterizar a la vez a un sector de la militancia, y las contradictorias orientaciones formuladas por el partido sobre la problemática femenina) cabe incluir la sugestiva colaboración sobre las mujeres comunistas.

A los contenidos citados se añaden la Introducción, en la que se exponen las dificultades y puntos de partida de la obra, un estado de la cuestión sobre la bibliografía y las fuentes disponibles, una serie de apéndices instrumentales (bibliografía, cronología, siglas, índice onomástico) y una interesante selección documental comentada.

Por otro lado, la estructura del trabajo titulado *Estimat PSUC* responde a un planteamiento en el que a la ordenación cronológica se superpone un enfoque sistemático, pues aunque su desarrollo se inscriba en una nítida periodización de la trayectoria de la organización comunista catalana, claramente desequilibrada en beneficio del período posterior a la legalización en 1977, el tratamiento efectuado resulta sin duda más analítico que narrativo. Con independencia del diseño temporal establecido por la autora, en cinco capítulos relativamente asimétricos que abarcan desde el plazo de una década (los dos primeros) hasta el de un trienio o menos (los numerados como 3, 4, y 5), a nuestro juicio de la exposición de dicha trayectoria bajo el franquismo cabe retener, en síntesis, dos grandes etapas: las de la «refundación» y la crisis.

Refundación; un rótulo que define el intento de recuperar los componentes originarios de pluralidad, democracia interna, nacionalismo, y apertura a la sociedad, perdidos durante la fase de «bolchevización» e instauración del monolitismo de los años cuarenta y primeros cincuenta. Las bases del «nuevo» PSUC las sitúa Carme Cebrián en el I Congreso (1956), tesis un tanto arriesgada ya que en la práctica sólo parece cuajar bien avanzada la década de los 60, alcanzando su culminación en el primer lustro de los 70, el momento de máximo crecimiento y esplendor de la organización.

El proceso obedece, en resumen, a dos tipos de factores: por una parte, y sobre todo, a la fuerte incorporación al partido de nuevas generaciones, ajena al trauma colectivo ocasionado por la guerra civil, y procedentes tanto de la inmigración (fenómeno social inseparable del crecimiento económico catalán desde finales de los años cincuenta), como de sectores inconformistas enfrentados al franquismo y pertenecientes a las clases medias en formación (especialmente, a la Universidad y al mundo profesional e intelectual). Naturalmente, tal atracción hacia el PSUC, fundamento de la

tendencia que habría de convertirlo con el tiempo en la fuerza hegemónica de la vanguardia antifranquista catalana, tuvo mucho que ver con una serie de aciertos políticos y organizativos. Entre ellos: su flexibilidad táctica y ambigüedad ideológica, el protagonismo otorgado a las organizaciones de base, la política de reconciliación nacional y de superación del pasado, la disciplina y organización que aumentaba sus posibilidades de supervivencia en la dura clandestinidad, la formulación de propuestas políticas realistas y pragmáticas, la defensa del catalanismo, etc.

Por otra parte, es reflejo de un doble proceso externo al propio partido: el de la incidencia de los cambios económicos sobre el aumento del nivel de vida de la población, (especialmente en los trabajadores cualificados, técnicos y profesionales), y por ende en la modificación de unas pautas de conducta social cada vez menos concordantes con las anquilosadas estructuras del régimen (acceso a la universidad, salidas al extranjero, búsqueda de información fuera de los cauces de la dictadura, emergencia de una difusa ideología antifranquista etc), y también el relativo a las transformaciones del panorama internacional (desestalinización, difusión de las tesis «policentristas» togliattianas, «doble aldabonazo» de 1968, auge del pensamiento marxista en los medios universitarios europeos...).

Y la crisis, cuya clave radicaría en la necesidad de adaptación, llegada la legalidad, a las nuevas condiciones de la competencia democrática. Ello le obligaría a emprender un difícil proceso de «homogeneización» de las diversas culturas y sectores militantes, y a buscar la aceptación de las orientaciones emanadas de un núcleo dirigente fuerte, lo que entraba en total contradicción con las aludidas prácticas del PSUC clandestino, aquellas que precisamente habían propiciado su atractivo y crecimiento anteriores. Además, hay que tener en cuenta la incidencia de una suma de circunstancias adversas. A saber: el ascenso electoral de sus competidores socialistas y el comienzo de la era «pujolista» en la comunidad autónoma, el durísimo impacto social de una crisis económica para la que los comunistas eran incapaces de ofrecer respuestas viables, o el auge de la tensión mundial entre los dos bloques y el retroceso general de las ideas de izquierda que marcaron los años ochenta.

La inevitable ruptura se evidencia a partir del V Congreso (1981), en cuyo transcurso van a estallar, con extrema radicalidad, todas las contradicciones internas (ideológicas, sociológicas, e incluso personales) acumuladas por el partido durante años, concluyendo el proceso en la práctica desaparición del mismo desde 1984. En la descripción de esta crisis, en la explicación de sus causas y desarrollo, reside la intención fundamental de la autora, que lo estudia siempre desde el tono nostálgico emanado del propio testimonio oral.

No es posible por razones de espacio profundizar aquí en el detalle de los contenidos enunciados. En consecuencia, se impone la necesidad de hacer una selección de aquellos aspectos que, trascendiendo del plano estrictamente local, suponen las aportaciones generales más valiosas a la necesaria tarea de encarar la reconstrucción de la historia del comunismo en nuestro país, y ello en un sentido más amplio o integral que el restringido a la habitual descripción de las estériles querellas en las direcciones en el exilio. A nuestro juicio estas serían, por una parte, el cuestionamiento de las arraigadas interpretaciones acerca de la supuesta centralización y uniformidad del movimiento, y el subrayado por contra de las evidencias que ilustran la originalidad de la actuación de los comunistas asturianos y, aun más señaladamente, la de los «psuqueros» en el despliegue global del comunismo español, y, por otra, la interesante problemática asociada a la definición de la identidad cultural característica de la militancia comunista.

Singularidades de la actuación comunista en Asturias

La primera de estas cuestiones se constituye en una tesis central de la obra correspondiente, apareciendo planteada ya en las primeras páginas y recorriendo de modo transversal la práctica totalidad de sus capítulos. Dicha tesis consiste en la documentada argumentación según la cual el estudio pormenorizado de la evolución del partido comunista en general, y en el marco asturiano en particular, contribuye a revocar la idea, tan engañosa como extendida, de que el PCE ha sido un partido monológico, plenamente uniforme, en cuyo despliegue no se han planteado diferencias de relieve. Frente a esta afirmación el partido comunista en Asturias se nos presenta con matices propios y originales, entre los que merecen destacarse: su fuerte componente obrerista impregnado de la cultura minera; la personalidad diferenciada de sus líderes (entre los que sobresale Horacio Inguanzo, por su autoridad moral y una labor basada en el trato directo y personal); la relativa autonomía de acción de los cuadros medios y el carácter colectivo de su dirección en los años 70²⁵; las especiales relaciones entre CC.OO. y el Partido, y un largo etcétera. Rasgos todos ellos que lo conforman como grupo diferenciado tanto a nivel estatal como

²⁵ Era un equipo colectivo de «rostro visible», compuesto por personas públicas que llevaban una vida legal. Es decir, cuadros no profesionalizados y con una actividad laboral concreta, lo que implicaba un cierto margen de autonomía en su actuación al tener una dependencia respecto a la cúpula del partido exclusivamente ideológica. *Los comunistas en Asturias...*, pág. 176.

con respecto a otras regiones. Por supuesto, afirmar su indiscutible personalidad no implica en absoluto atribuir la existencia de un sentimiento regionalista a los militantes asturianos; al contrario este les fue no sólo ajeno sino objeto de rechazo, y sólo se incluye en el programa, al igual que en las siglas (PCA), a remolque del clima de reivindicaciones autonomistas vivido en toda España durante la Transición.

Esta singularidad, enraizada en parte en la especificidad del contexto social y económico sobre el que debió actuar, explica parte de sus actuaciones, en ocasiones en claro contraste con la dirección central. A este respecto se pueden rastrear numerosos ejemplos, entre los que cabe indicar el desacuerdo expresado sobre la moderada nota del Comité Central ante el atentado contra el almirante Carrero Blanco, o la discrepancia evidenciada por la dirección colectiva en los años 70 al reforzar una política de acción y organización frente a los criterios de la dirección central que priorizaba entonces la política de alianzas unitaria (por otra parte difícilmente practicable dada la concreta configuración socio-política de la zona).

Abundando en la tesis expuesta, el análisis de las distintas actuaciones del Partido en Asturias demuestra igualmente la existencia de desavenencias de ámbito general que tienen su reflejo concreto en la región. Así, por ejemplo, se constatan nítidamente los conflictos entre las fuerzas del interior, con una visión más real de las posibilidades del partido, y la dirección exterior que marca consignas asumidas en ocasiones con dificultad. Tal es el caso de las tensiones que surgen a raíz de la llegada de los instructores enviados de París para reemplazar al equipo de Monzón a mediados de los años cuarenta, sucesos tratados críticamente, aunque sin dramatismo, por los autores, e igualmente son graves a nivel nacional y particularmente en Asturias las disputas provocadas por el desmantelamiento de la guerrilla²⁶. Contrastá, sin embargo, el pálido o nulo reflejo que tienen otros conflictos, como el saldado con la exclusión de Claudín y Semprún en 1964 (a diferencia del fuerte impacto que ocasionó, por ejemplo, en el PSUC), fenómeno que tal vez podría ayudar a establecer la importancia real de esta crisis en unos límites más restringidos de los que suelen atribuirsele, o bien quizá sea simplemente consecuencia de la

²⁶ Ob. cit. pág. 152, y 387. El difícil proceso de retirada de las partidas guerrilleras es relatado por Carmen GARCÍA, págs. 144-5, y Ramón GARCÍA PIÑEIRO, págs. 154-155. Ambos reflejan la tensión, los constantes enfrentamientos y acusaciones mutuas, y, en suma, la incapacidad real del partido para ponerles fin, papel que acabará cumpliendo la propia Guardia Civil: «paradójicamente la sistemática represión policial terminó removiendo los últimos escollos que se interponían en la aplicación de la nueva táctica opositora».

escasa formación ideológica de la base militante asturiana, junto al también limitado papel de los «intelectuales» en el partido por estas fechas. Tampoco encontraran apenas eco en Asturias las posiciones de los prosoviéticos, ni las de los renovadores ya en los años 80 a causa de la enorme estabilidad alcanzada por el PCA después de la llamada «crisis de Perlora» (o III Conferencia regional, 1978).

Ahora bien, lo dicho no debe llevar a una percepción deformada de la realidad. La confirmación de una identidad propia del Partido Comunista de España en Asturias, o la circunstancial manifestación de discrepancias, no deben hacernos olvidar que, pese a todo, este se define por su fidelidad a las directrices centrales, permaneciendo habitualmente alineado en posiciones oficiales; una disciplina y fidelidad que, quede claro, no equivalen sin más a uniformidad.

En suma, la importante aportación al respecto de la obra puede quedar resumida como sigue: aunque el estudio del partido comunista en Asturias debe ser integrado siempre en un contexto más amplio ya que su dependencia del PCE es indiscutible, lo cierto es que en la región se manifiestan peculiaridades de naturaleza y de actuación (fruto en parte de unas condiciones socio-económicas también peculiares), que permiten hacer referencia al concreto papel de los comunistas asturianos, y a sus contribuciones igualmente concretas tanto en el ámbito general de la oposición política al franquismo como en el del movimiento obrero, que protagoniza en momentos clave (1934, 1962/64 y 1975 básicamente), y en el que desempeña un indudable papel pionero el nacimiento de CC.OO. Este protagonismo ha provocado que Asturias se haya constituido como un símbolo de resistencia y combatividad, mito que ha servido para difundir los valores clásicos, las señas de identidad, del Partido Comunista de España.

El «hecho diferencial» catalán y del PSUC

Y qué decir del único partido comunista no estatal que perteneció a la III Internacional. Como es sabido, la atipicidad del caso español, con dos partidos formalmente integrantes del Komintern, va a suponer precisamente la excepción a la principal regla de funcionamiento de dicha organización, aquella que establecía que a cada clase obrera y Estado correspondía la representación exclusiva de un solo partido. Es cierto que el reconocimiento del PSUC como miembro del partido mundial de la revolución vino dado antes para resaltar su peculiar origen como partido nacido de la unificación de cuatro pequeños partidos marxistas catalanes (en lugar de la habitual escisión tercerista de las filas de un gran partido

socialdemócrata) que en función de su carácter nacional, pero el hecho habría de constituir siempre un motivo de orgullo para sus militantes.

A diferencia de lo expuesto en el epígrafe anterior sobre los comunistas asturianos, no es necesario justificar de forma exhaustiva las razones de la innegable singularidad del PSUC pues se trata de una realidad cuya evidencia se impone más allá de la originalidad de las siglas. De entrada hay que aludir a las consecuencias derivadas de su especificidad fundacional, un aspecto que las modernas teorías sobre los partidos políticos (Panebianco y otros) consideran determinante para la evolución posterior de los mismos. En este caso, sostiene Carme Cebrián, el carácter plural, heterogéneo, democrático, nacional, y profundamente enraizado en la sociedad catalana de la organización en los primeros años, es decir durante la guerra civil, marca profundamente la totalidad de su itinerario, resurgiendo con fuerza (tras el período de «bolchevización» en cuyo transcurso deviene un pequeño apéndice del PCE) en el PSUC refundado y ascendente de los años sesenta y setenta. Ello explicaría gran parte de sus rasgos diferenciales en los planos político y organizativo, aquellos que, en síntesis, equivalen a su transformación en el embrión de un partido de masas, y en consecuencia a su decidida apertura a la sociedad, lo cual obviamente pasaba por la superación del dogmatismo y los residuos sectarios anteriores. De igual modo, en virtud de esta evolución es posible entender el protagonismo que habría de alcanzar en el seno del antifranquismo en Cataluña, del que llegará a ser la fuerza hegemónica, su incidencia en ámbitos como la Universidad, el movimiento obrero, el mundo de la cultura, los colegios profesionales, los barrios y asociaciones de vecinos, etc, y, asimismo, los tempranos éxitos que obtuvo en el desarrollo de la política unitaria contra la dictadura, desde la constitución en 1966 del SDEUB (Sindicat Democràtic d'Estudiants de la Universitat de Barcelona) a l'Assemblea de Catalunya (fundada en 1971 y activa hasta la llegada de la democracia). El relevante papel desempeñado por el PSUC y su precoz ruptura de la estrategia de aislamiento impuesta a los comunistas por el resto de las fuerzas de oposición (fruto también de la profunda inserción que previamente había logrado en la sociedad catalana) se constituyen igualmente en un capítulo inédito de la historia política de la resistencia al franquismo y del comunismo español.

Hay, sin embargo, un aspecto tratado ampliamente por la autora que acaso pueda suscitar ciertas dudas. Se trata de la aproximación efectuada al crucial problema del pretendido carácter nacional y nacionalista del PSUC, y a la aclaración, en consecuencia, de la naturaleza de las relaciones, estrechísimas y a la vez formalmente independientes, que mantuvo con el PCE. Sin descender al detalle de lo que en libro se reconoce

como un «*mecanisme complex*», si cabe apreciar aquí alguna contradicción entre unos análisis que sistemáticamente inciden en la indiscutible asunción del hecho nacional por el partido, en la defensa de la lengua y cultura catalanas frente a los prejuicios de otras fuerzas de la izquierda, y en una vinculación al PCE basada primordialmente en la coincidencia ideológica, y, de otra parte, los datos aportados sobre las conexiones personales o financieras, así como acerca de los debates y resoluciones concretas de los órganos de dirección, que solo en 1971 (Comunicado del Comitè Executiu con motivo del 35 Aniversario del partido) descartan definitivamente la posibilidad de ir a la absorción orgánica por el PCE.

La compleja construcción de una cultura comunista en España

La segunda aportación de interés, fundamental desde nuestro punto de vista, es la relativa al tratamiento de la problemática de la identidad cultural. Como es sabido, las conceptualizaciones y el desarrollo de métodos de investigación en torno a las cuestiones de cultura política y memoria colectiva (estrechamente ligadas entre sí, por cuanto esta última no solo nutre y asegura la conservación de la primera sino que constituye para el historiador una excelente vía de acceso a su estudio) son un hecho relativamente reciente en la historiografía. Se trata de elaboraciones difundidas por la nueva historia política²⁷, que, salvo notables excepciones, todavía no han encontrado un eco mayoritario en las monografías dedicadas a la historia de los partidos en nuestro país. Sin embargo, afortunadamente, no es este el caso de los dos libros analizados, donde tal problemática de fondo queda suscitada, de un modo u otro, en buena parte de la exposición.

Pues bien, en una valoración global de tales contribuciones, hay que distinguir entre las premisas teóricas y los resultados concretos. Apreciamos, en efecto, diferencias de juicio respecto a la virtualidad metodológica de la noción de cultura política, utilizada sin complejos y profusamente por la antropóloga social Carme Cebrián, como es natural dada la vinculación de tales elaboraciones con su campo profesional, y, en cambio, con ciertas prevenciones por parte el colectivo de autores asturianos, cuya formación y actividad es netamente historiográfica. La reticencia

²⁷ Véanse Serge BERSTEIN, «Les partis», en R. Remond y otros, *Pour une histoire politique*, París, Seuil, 1988, pág. 80; y Jean-François Sirinelli, «El retorno de lo político», *Historia Contemporánea*, 9, Dpto. H^a Contemporánea de la Universidad del País Vasco, págs. 30-31.

expresada por estos últimos obedece tanto a razones teóricas, es decir a la indefinición conceptual que se deriva de las contradicitorias formulaciones que ha recibido el término desde los campos de la antropología, la sociología o la ciencia política, como a las específicamente históricas: esto es, a la dificultad de admitir sin más la existencia en nuestro país de una identidad comunista plenamente configurada (comparable, por ejemplo, a la auténtica «contrasociedad» atribuida por la historiadora Annie Kriegel a los comunistas franceses), a causa de la debilidad del movimiento y de las difíciles condiciones de persecución y clandestinidad en las que tuvo que actuar. En consecuencia, prefieren operar, en particular en la excelente colaboración de Jorge Uría²⁸, desde una posición ecléctica y de cierta indefinición, en torno al concepto genérico de cultura, hacia el que convergen muy diversos componentes, desde los aspectos de cultura política en sentido estricto, hasta los de cultura popular (o vida cotidiana), pasando por las referencias dedicadas a las orientaciones de la política cultural del PCE en Asturias.

Con todo, de la lectura de ambos estudios se desprende un cuadro muy amplio y detallado de los trazos esenciales de una identidad comunista (o lo que es lo mismo, del código de valores y actitudes, pautas de comportamiento, y referencias simbólicas que conforman la imagen que el partido tenía de sí mismo y proyectaba hacia su militancia), ciertamente matizada en el plano regional, territorial, sectorial y generacional, pero inquestionable en su especificidad. Aunque no sea tarea fácil establecer una caracterización elemental de fenómeno tan intangible y poco mensurable como este, alimentado por múltiples referencias de naturaleza eminentemente subjetiva (los sentimientos, estereotipos, símbolos, etc), en la definición genérica de sus fundamentos habría que aludir necesariamente a la importancia que adquiere en el comunismo español, y probablemente no sólo en él, la creación de formas de identidad e ilusión colectivas, al peso de la idea de comunidad entre sus miembros (entendida casi al modo de una «familia», según la denominación cifrada que recibía el partido en la lucha clandestina contra el franquismo), al orgullo o sentimiento de superioridad dado por la conciencia de pertenecer a un selecto grupo de elegidos, a la búsqueda de la legitimidad en la historia (tanto en la propia trayectoria, como en los grandes símbolos del pasado del movimiento comunista en general), y al predominio de actitudes excluyentes

²⁸ Jorge URÍA, «Asturias 1920-1937. El espacio cultural comunista y la cultura de la izquierda. Historia de un diálogo entre dos décadas», en VV.AA. *Los comunistas en Asturias...*, ob. cit., págs. 249-311.

(de incomprensión, recelo, o radical antagonismo) respecto a los extraños y/o adversarios.

Según una definición de Carme Cebrián referida al PSUC, pero perfectamente extrapolable en este sentido al PCE, la identidad «psuquera» se había forjado en la lucha contra la dictadura con unos simbolos que enlazaban con la anterior etapa democrática (República y guerra civil) y que servían de referente de continuidad. Ser del PSUC era pertenecer al grupo de escogidos (nosotros) que habian luchado contra el régimen de Franco (ellos), lo que que comportaba un fuerte sentimiento de pertenencia. Ser del PSUC queria decir, tambien, gozar del prestigio que el partido habia ganado durante todos estos años de lucha²⁹.

Así pues, la clave o centro vital de la cultura comunista de la época es el partido, percibido por sus adherentes no sólo, o no primariamente, como instrumento político en la lucha por la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, por la libertad y contra la dictadura, sino, ante todo, como una red de relaciones personales, apoyos sociales y solidaridad colectiva. Es decir, como aquella comunidad, tan imaginaria como real, que es el «nosotros», reunida a modo de una *familia sui generis* que dota a sus integrantes de sentido de pertenencia, los liga en estrechas relaciones de solidaridad, cooperación y fraternidad, y, además, asegura y ayuda a proveer las necesidades de sus miembros, etc. De ahí los sentimientos de fidelidad, e incluso de cariño («Estimat PSUC») que suscita, y de ahí también la tendencia a la mitificación del mismo, la veneración hacia las figuras que lo dirigen, la justificación de la necesidad de preservar a toda costa la unidad interna, con independencia de las posiciones, intereses y comodidades individuales, e incluso de las propias amistades. Todo ello, en suma, permite comprender lo que se ha dado en llamar la «mística» o «patriotismo» de partido: para el militante comunista, el partido siempre tiene razón, fuera de él la razón (por más fundados que sean los argumentos particulares) se pierde, y abandonarlo significa la más completa soledad.

En cuanto al militante ideal, este debe estar a la altura de la calidad del grupo, de la selecta vanguardia obrera, de la que forma parte, lo que implica la socialización en valores como la disciplina, la abnegación, la combatividad y el esfuerzo activista, la valentía y el honor revolucionario para afrontar la represión, el moralismo ejemplar en los comportamientos sociales y privados, la autoexigencia constante de perfeccionamiento y

²⁹ Carme CEBRIÁN, ob. cit., pág. 283.

formación, etc. Aludir, por último, a la búsqueda de una legitimidad que procede siempre de la recreación heroica del pasado, ya sea, para algunos (la militancia más veterana), el referido a los mitos de la revolución rusa, el comunismo ortodoxo, y la Unión Soviética, ya, para otros (las jóvenes generaciones), a la tradición del partido mismo, al patrimonio moral y simbólico por él acumulado en las luchas durante la República, La guerra civil, y la dura resistencia antifranquista.

A partir de este sustrato básico y común es posible perfilar toda una gama de tonos y «subculturas», relacionadas con las variables espacial, sociolaboral, de edad, etc. En Asturias, con la más amplia perspectiva temporal que nos ofrece un estudio que abarca desde la fundación del PCE hasta el comienzo del declive en los primeros años ochenta, observamos la configuración y evolución de tales pautas identitarias en un lento proceso de sedimentación: se manifiestan a partir de las iniciales expresiones del tercerismo en los años veinte (sectarismo antisocialista y voluntarismo revolucionario), adquieren vigor y especificidad en el contexto de la creciente influencia comunista durante la Guerra Civil, con el retorno a posiciones intransigentes de tono activista y militarista tras el paréntesis de flexibilidad representado por el frente popular, y encuentran en las cuencas mineras un marco definitivo, quizá el único en la región donde llegan a alcanzar el grado de contrasociedad, hasta el punto de que su influjo se detecta incluso como rasgo dominante («el sesgo obrerista») en los diversos movimientos sociales que se vinculan al partido en los años sesenta. Así, respecto a los mineros comunistas bajo el franquismo, se pone de relieve la cristalización de la herencia anterior, con un tono de dureza y combatividad inusitadas, como consecuencia una serie de factores decisivos, entre ellos: la fortísima represión padecida, las penosas condiciones de trabajo, y el papel del núcleo familiar en la casa o el ejemplo de los compañeros más valerosos y carismáticos en la mina en cuanto a la transmisión de los valores culturales del partido. Añadir, de otra parte, que la información recabada por los autores del libro posee la virtud de trascender el ámbito asturiano, pues cabe incluso pensar que en no pequeña medida la experiencia comunista regional (en sus notas de extrema dureza y combatividad) pudo llegar a constituirse en ingrediente sustancial de la cultura del PCE en su conjunto.

En cuanto al PSUC, el trabajo de Carme Cebrián, centrado en las etapas finales del recorrido histórico del partido, resalta la amplia diversificación de culturas políticas y sectores militantes que experimentó la organización como consecuencia del importante crecimiento registrado en paralelo al proceso de refundación desde el segundo lustro de los años sesenta. Las vuelta al talante plural, heterodoxo, y abierto a la sociedad de

sus orígenes, sumado a la decidida evolución hacia un modelo orgánico de masas cada vez más alejado de la estructura leninista clásica (partido-vanguardia) y de la estrecha identificación con la URSS y el movimiento comunista internacional, llevará a sus filas a un buen número de militantes procedentes de las clases medias, de ideología difusa y pragmática, cuyo objetivo primario no era otro que acabar con la dictadura y avanzar hacia una democracia profunda, desde una perspectiva de reformismo fuerte y nacional, y que solo a largo plazo contemplaban la posibilidad de llegar al socialismo en libertad.

Por consiguiente, según el análisis de esta autora, el PSUC refundado va a ser una realidad multiforme, al mismo tiempo un partido comunista y un movimiento social orientado a la consecución de la «hegemonía» en Cataluña (entendida en términos gramscianos, como la obtención del «consenso activo» de la mayoría social en torno a una serie de alternativas concretas de cambio en materia económica, social, cultural, etc), y en el que conviven mal que bien diversas formas y legitimidades culturales. Estas serían, simplificando al máximo las cosas, dos, amalgamadas pese a todo por la adhesión al prestigio moral y sentimental del partido, es decir a una fuerza objeto de mitificación debido al esfuerzo y valentía derrochados en la lucha clandestina: una basada en la defensa de una democracia radical contra el franquismo, cuya legitimidad está residenciada ante todo en la propia historia del partido, y no directamente en la pertenencia al movimiento comunista internacional; la otra, heredera del resistencialismo de los años más duros (la guerra civil, la guerrilla, la difícil reconstrucción orgánica de los cincuenta) asentada en el comunismo ortodoxo y en la permanente fidelidad a las «señas de identidad» del mismo (la URSS, el PCUS, las figuras señeras de la revolución de Octubre, etc). Y aunque en función del indicado rejuvenecimiento de las bases la evolución se oriente paulatinamente en el sentido de soltar progresivamente el lastre de la cultura leninista más tradicional, este antiguo sustrato resurge ocasionalmente, a la defensiva, en los momentos de endurecimiento de la represión o de mayor incertidumbre política: como por ejemplo, a raíz del estado de excepción de 1969, o con ocasión de la crisis final del partido en los años 1981-84.

En efecto, los recelos de los sectores ortodoxos se vieron crecientemente inquietados durante los años setenta por la marcada tendencia de la dirección oficial a hacer explícito el distanciamiento con respecto a los viejos referentes identitarios, y no sólo en lo relativo al más objetivo terreno de las ideas o los métodos de organización, sino también hacia lugares, palabras y nombres propios de fuerte carga simbólica para quienes habían recibido su socialización en ellos. Como ejemplos cabría citar el descontento

(percibido íntimamente por los afectados como una deslealtad de «su» partido) que ocasiona en una parte de los cuadros su desplazamiento de los cargos orgánicos para «hacer hueco» a los, recién llegados, jóvenes y pragmáticos de Bandera Roja (1974), las prudentes críticas a la URSS que acompañaron a la adhesión oficial a las tesis eurocomunistas, o el abandono de la literalidad de la denominación marxista-leninista del partido en el IV Congreso (1977). Pero con todo, el exquisito cuidado puesto en evitar el recurso a la simple imposición para no herir gratuitamente sensibilidades permitió eludir en principio la confrontación directa. El problema surgirá algo más tarde cuando, a raíz de los debates que rodearon la celebración del IX Congreso del PCE (1978), lleguen al PSUC las presiones externas para acelerar unos cambios cuyo ritmo resultaba difícil de asumir por amplios sectores de la militancia.

En consecuencia, y al margen de la configuración de varias corrientes de pensamiento y práctica política en el Comité Central que apostarán por modelos de partido contrapuestos (eurocomunista oficial, «socialdemócrata» de los «ex-banderas», y «Leninista» y catalanista de los intelectuales y cuadros sindicales, permaneciendo inicialmente fuera de la pugna el sector más duro y prosoviético de los viejos cuadros que conservan la importante secretaría de organización), va a suscitarse entre las bases una creciente polarización de naturaleza sentimental, cultural e incluso lingüística en dos vertientes: la catalanista y pragmática, arraigada en las agrupaciones del centro de las ciudades, donde predominaban los profesionales y técnicos catalanes de origen, y la «obrerista» de los barrios periféricos con mayoría de población inmigrante, cuyas expresiones incidían en la mitificación de la clase obrera y los símbolos comunistas tradicionales, la desconfianza hacia los intelectuales y el rechazo del nacionalismo. Esta última, azuzada desde arriba por aquellos sectores más dogmáticos del aparato que mediante la recuperación de los olvidados símbolos y tradiciones previos a la refundación (aquellos que remitían a la etapa de bolchevización de los años cuarenta y cincuenta), esperaban frenar la transformación en curso, no dejará de crecer y radicalizarse en los últimos años de vida efectiva del partido debido a la concurrencia de circunstancias como, por ejemplo, el desencanto de unas bases cuyo protagonismo había sido suplantado por los nuevos profesionales de la política (los cuadros del partido que empezaban a desempeñar cargos institucionales), o el estallido de crispadas polémicas a propósito de la erosión de las referencias tradicionales: el debate en torno al leninismo, la actitud ante la invasión soviética de Afganistán, etc. En definitiva, como sostiene Carme Cebrián, la contradicción entre el «nosotros» y el «ellos» se instalará dentro del propio partido, y se irá autoalimentando hasta convertirse

en irreconciliable. Los dirigentes del PSUC habían intentado construir una nueva identidad eurocomunista, pero al tiempo muchos militantes veteranos mantenían la vieja identidad y con ellos arrastrarán a la parte más descontenta de la militancia³⁰.

4. UNA REFERENCIA OBLIGADA PARA EL DESARROLLO DE NUEVAS ESTRATEGIAS DE INVESTIGACIÓN

Para concluir estas notas, conviene intentar una valoración de conjunto que justifique la importancia atribuida a los títulos reseñados, y en concreto la afirmación precedente.

Desde nuestro punto de vista, y al margen del especial valor que les confiere, por contraste, el hecho de haber afrontado con la seriedad y el rigor demostrados el difícil estudio de una materia caracterizada, salvo honrosas excepciones, por la escasez bibliográfica y la interpretación tendenciosa, los concretos resultados obtenidos revelan un ajustado equilibrio entre la renovación temática y la de los métodos, que permite atribuirles un carácter modélico para futuros trabajos en este campo. Ciertamente, tanto en lo que atañe a los propósitos como a la propia dimensión material de ambas aportaciones, se dan entre ellas las lógicas diferencias que derivan de la distinta procedencia profesional de sus autores, de la cualidad que tienen las obras (y el posible rendimiento consiguiente) de ser fruto de un esfuerzo individual o colectivo, o del uso de un mayor o menor repertorio de fuentes documentales, pero ello no desvirtúa en modo alguno la apreciación anterior. Es más, a fin de despejar cualquier sombra de sesgo corporativo, queremos insistir en la utilidad y valor de contribuciones bibliográficas de suficiente entidad y no necesariamente procedentes del ámbito estricto de la historia política como, por ejemplo, las realizadas bajo el prisma antropológico, en función del enriquecimiento de las perspectivas y la originalidad que proporcionan al análisis del tema.

Hecha tal salvedad, es preciso retomar el juicio global acerca de los considerables logros de ambos libros de cara a la apertura de nuevas estrategias de investigación. En cuanto a la aludida renovación temática, subrayar en fin como el uso de un enfoque regional permite matizar con riqueza de detalles la pluralidad de situaciones y trayectorias, la incidencia modificadora sobre la aplicación de las políticas generales de las especificidades

³⁰ Carme CEBRIÁN, ob. cit., pág. 284.

locales, o la dinámica relativamente autónoma que muestran las organizaciones territoriales (naturalmente dentro de la básica unidad de conjunto que define al comunismo español), ofreciéndonos de este modo una sólida hipótesis de trabajo que sucesivos estudios deberán contemplar, ya sea para confirmarla o desmentirla en la búsqueda de conclusiones de validez general.

La segunda faceta de interés pertenece al aspecto metodológico, y tiene que ver tanto con la incorporación de nuevos instrumentos conceptuales (culturas políticas, análisis sociológico, atención a la proyección externa de las organizaciones, etc), como con el repertorio de fuentes empleado: documentación interna de variado tipo, prensa, testimonio oral, informes policiales procedentes de los gobiernos civiles, documentos de los archivos universitarios, etc. De ambos tipos de recursos puede extraer el historiador regional o local de las formaciones comunistas abundantes sugerencias para encauzar su trabajo dentro de las líneas abiertas por la renovación de la historia política.

Y es que, además de las políticas sectoriales (a cuyo estudio vienen dedicando especial atención quienes firman estas páginas), es precisamente el campo de la investigación local, el referido a la actuación del PCE en las diversas nacionalidades y regiones españolas, el que ofrece actualmente mayores perspectivas de progreso historiográfico por cuanto, como afirma uno de los autores miembros del colectivo asturiano, se configura como «*base imprescindible para acometer con seriedad una historia general del comunismo en España*»³¹.

³¹ David GINARD, art. cit., en *Los comunistas en Asturias...*, pág. 29.